

nismo ni voluntarismo, sino una manera consecuente de interpretar su propia historia. ■ REYES MATE.

Francisco Díaz del Corral: "Liberación o barbarie". Editorial Cambio 16. Madrid, 1977.

La juventud de Moreno Villa

José Moreno Villa (1887-1955) pasa por ser el introductor del prosaísmo en el verso español contemporáneo. Algunos prefieren fechar ese acontecimiento más atrás y se lo atribuyen a don Ramón de Campoamor. Se ha aducido, en contra de esta pretensión, que mientras que el prosaísmo de Moreno Villa es deliberado y cumple una función poética cierta, el prosaísmo de Campoamor —por mucho que teorizara sobre él, y no desafortunadamente— era sólo el fruto de una inspiración poética casi nula, de una musa más bien pedestre y pobretona.

Como poeta de transición, a caballo entre los hombres del 98 y los del 27, Moreno Villa ha tenido, en general, mala suerte. Sus méritos han tardado en ser reconocidos, y han tenido que ser poetas de la talla de un Luis Cernuda o de un Octavio Paz quienes hayan defendido su importancia cierta en el panorama de la poesía española. De todas maneras, y pese a su reconocimiento, su obra ha circulado escasamente entre nuestro público. El hecho de que Moreno Villa, republicano de corazón y de razón, se exiliara, influyó, claro está, en ello. Un ejemplo: además de poeta, Moreno fue, como se sabe, un notable erudito, autor de ejemplares ediciones de clásicos como Lope de Rueda o románticos como Espronceda. Pues bien: la casa editora de sus ediciones tuvo a bien borrar su nombre de los libros que él había prologado y anotado.

Su obra poética también tuvo escasísima difusión. Apenas el heroísmo de algunos editores preservaron para las nuevas generaciones el nombre y parte de la obra del poeta malagueño. Con sus libros dispersos y olvidados, hace años que llegó a España una hermosa antología general de su obra "La música que llevaba", editada por Losada en

Buenos Aires. Llegaron pocos ejemplares y se vendieron —hasta creo que clandestinamente— en seguida. Turner Ediciones ahora lanza al mercado una bella edición, iluminada por los dibujos del autor, de lo que muchos consideran su obra maestra, "Jacinta la pelirroja", con un ajustado prólogo de José Luis Cano, uno de los críticos que mejor ha estudiado la obra de Moreno. "Jacinta la pelirroja" es, como dice acertadamente Cano, un libro que resiste admirablemente la prueba del tiempo. Publicado en 1929, es decir, hace casi cincuenta años, y sujeto en su espíritu a la moda cubista y geométrica del arte de entonces, pese a todo, es un libro fresco,

alegre y luminoso, bañado por la luz de un Eros deportivo y despreocupado. Libro de amor aséptico, casi asexual, reúne todas las buenas cualidades del poeta Moreno Villa: concisión y sequedad expresiva, economía de medios, utilización inteligente del habla coloquial. Los chispazos surrealistas que recorren de cuando en cuando el libro son sólo manifestaciones de un surrealismo epidérmico, que estaba en el aire entonces, pero que sólo caló con verdadera hondura en tres poetas españoles de la época: Cernuda, Lorca y Aleixandre. Moreno Villa era demasiado clásico de temple, demasiado "sensato" —al menos literariamente hablando— para sentirse



Moreno Villa, junto a Buñuel y García Lorca.

ágil, lleno de aciertos expresivos, animado por un sentido del humor leve y sutil.

En "Vida en claro" —recientemente reimpresso por el Fondo de Cultura Económica—, Moreno Villa ha contado la anécdota que subyace en este poemario. Jacinta fue una novia norteamericana, judía y riquísima, del poeta, que por aquel entonces ya no era ningún niño. La historia terminó mal, por cerrada oposición por parte de los padres de Jacinta a la boda. Moreno Villa volvió a encerrarse en su soltería tenaz, que sólo se rompería en el exilio mexicano.

Pero "Jacinta la pelirroja" es todo lo contrario de un libro crispado, melancólico. Es un libro

verdaderamente tentado por el surrealismo, que más que una moda reflejada en un nuevo juego de imágenes fue una auténtica revolución literaria, a partir de la cual la poesía europea ya no pudo ser igual que antes. En Moreno Villa, a veces puede parecer surrealista ese cuidado descuido —valga la paradoja— de sus versos, lo arbitrario y extravagante de su imaginación, su afición por lo moderno. Pero es sólo, repetimos, algo epidérmico. Moreno Villa no fue nunca un poeta profundo y alucinado; su obra tiene la sabiduría del poeta que conoce sus limitaciones y nunca arriesga demasiado, temeroso de romperse la crisma en algún abismo desconocido.

Acaso no se haya estudiado bien todavía el influjo que ese prosaísmo de que hablábamos al principio de esta nota ha tenido sobre los poetas españoles, especialmente sobre los poetas de la posguerra en España. A mi modo de ver, Moreno Villa influye positivamente en uno de nuestros mejores poetas, Gabriel Celaya —que le conoció personalmente y le trató en la Residencia de Estudiantes—. La antirretórica de Celaya, su afición al lenguaje hablado, su esfuerzo porque la poesía ilumine la vida cotidiana, tiene varias fuentes. Una de ellas es, sin duda, la lectura de Moreno Villa.

Así, "Jacinta la pelirroja" se nos aparece hoy como un libro abierto y lleno de encanto. Un libro que no se ha marchitado. Mientras que en las primeras colecciones de Moreno, sus poemas en muchísimas ocasiones parecen más un boceto, una idea o una emoción apenas dibujada y no desarrollada, en "Jacinta la pelirroja", como en algunos de sus poemas de los años republicanos y luego del exilio, el equilibrio logrado entre lo que quiere decir y cómo lo dice es casi perfecto. La ágil Jacinta que hace deporte, compra Picassos y pone su toque de mujer moderna y desvuelta en el provinciano Madrid de los años 20, está viva. Ha conservado su juventud. La juventud de un hombre discreto e inteligente, culto y reflexivo, cuya obra poética merece todavía una atención mucho mayor de la que se le ha venido dando en las últimas décadas. ■ JAVIER ALFAYA.

De cómo las leyes electorales conforman y deforman

Hacia mediados del pasado noviembre, cuando las elecciones para las primeras Cortes del posfranquismo no habían salido todavía del terreno resbaladizo de las hipótesis (faltaba incluso el primer trámite —y mal trago para la oposición— del referéndum), un hotel madrileño acogía los apretados trabajos de un primer Congreso sobre "Ley Electoral y Consecuencias Políticas".

Durante los tres días que duraron las sesiones —en régimen de mañana y tarde—, la mesa es-